



William Shakespeare  
en pantallas y escenarios  
mexicanos: una crónica personal

Jorge Galván

William Shakespeare, retrato del siglo XIX. (Imagen: The Print Collector/Print Collector/Getty Images)

*La vida es una historia contada por un idiota,  
una historia llena de estruendo y furia, que nada significa.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Macbeth*, 5º acto, escena v

EL PODEROSO IMPACTO UNIVERSAL de la poética teatral de William Shakespeare se conserva intacto y es fuente inspiradora y nutricia en la formación de teatristas de todo el mundo a través de los siglos. En México, Shakespeare ha sido puesto en escena lo mismo en los grandes escenarios en producciones del Estado o universitarias que por grupos de amateurs, inclusive en carpas y en escenarios naturales; predominantemente con montajes apegados al texto dramático original, o en versiones parafrásticas y hasta definitivamente experimentales —en particular en décadas recientes— al reducir una tragedia, siempre de extenso reparto, a unos cuantos personajes o a los protagónicos en propuestas minimalistas y audaces que de toda suerte mantienen viva la presencia de su autor, sea quien fuere éste, pues cobra fuerza la corriente de investigadores que consideran a Shakespeare solamente el director y actor de estas maravillas del teatro universal. Me limitaré a repasar mi contacto con él, como hombre de teatro y espectador de este repertorio a lo largo de mi trayectoria de sesenta y tres años en los escenarios, incluyendo algunos años previos hasta decidir en plena adolescencia mi proyecto de vida.

Mi familia acudía al teatro por lo menos un par de veces al mes, y cuando las obras eran adecuadas para ser atendidas y más o menos entendidas por los niños, era convidado al ritual en los teatros antañones de los años cuarenta y cincuenta, incluido el flamante teatro del Palacio de Bellas Artes, inaugurado en 1934, un año antes de mi nacimiento. En la ciudad de México se escuchaba entonces hablar de las puestas en escena de calificados directores, nacionales y extranjeros, en los mejores escenarios y también de los de directores más modestos que recorrían con sus carpas colonias y barrios con la concha del apuntador en primer término. Es memorable el homenaje y beneficio que se hizo al maestro Albani de Teresa, quien presentó en su teatro portátil —el mismo día— tres funciones con obras de Shakespeare: *Hamlet* (tarde), *Romeo y Julieta* (moda) y *Macbeth* (noche) a mediados de los años cincuenta.

Los estudiantes de primaria de mi época fuimos llevados a Bellas Artes para establecer contacto con Shakespeare en un montaje a cargo del maestro André Moreau quien llegó a nuestro país con la compañía de la Comedia Francesa con algunas obras de Jean Baptiste Poquelin, mejor conocido como Molière, y decidió quedarse en México; y puso ante nuestra sorprendida mirada *Sueño de una noche de*

*verano*, con escenografía de Julio Prieto. En el reparto hubo jóvenes actores egresados de la Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), quienes poco después se integraron al teatro profesional y algunos de ellos, años después, escalaron las máximas alturas.

En los primeros años de la década de los cincuenta conocí a Sergio de Bustamante, quien sabía de memoria, como afirmación de su potencialidad interpretativa, los más importantes monólogos de las obras del dramaturgo inglés, y logró ser uno de los primeros intérpretes del Hamlet paradigmático en los años cincuenta (representado en los años ochenta por la actriz Rosenda Monteros en el rol masculino, y en este tercer lustro del siglo XXI por Daniel Giménez Cacho, en impecable producción).

Es sorprende y grato consignar que en 2014 se presentó en el Festival Internacional Cervantino, y por televisión, un *Hamlet* con la participación de cincuenta internos del CEFERESO No. 12, bajo la dirección de Jorge Correa Fuentes, uno de los pioneros del teatro penitenciario en México, quien además ofreció un ciclo de funciones especiales para los internos de ese centro federal de máxima seguridad y sus familiares, invitados especiales y medios de comunicación, quienes disfrutamos de un montaje al pie de la letra, interpretado por hombres que pagan las consecuencias de sus delitos, la mayoría de ellos con cadena perpetua, y cuyas edades fluctúan entre los veinte y los setenta años de edad. A la manera del teatro isabelino, los personajes femeninos fueron interpretados por varones. Culpables de secuestros, asesinatos, tráfico de drogas y otros delitos conmovieron al público con su capacidad interpretativa pues ofrecieron un impactante montaje de la paradigmática tragedia.

Con un monólogo del rey Claudio —tío y padrastro de Hamlet, quien pide a los cielos suficiente lluvia para lavar sus ensangrentadas manos— inicié mi tercer año de aprendizaje actoral con el maestro Charles Rooner. Ese mismo año (1954) admiré su puesta en escena de “No es cordero, que es cordera”, cuento milesio contado dramáticamente en inglés por William Shakespeare con el nombre de *La doceava noche*, vertido al castellano por León Felipe con una libertad que va más allá de la paráfrasis, y que sirvió de lanzamiento a un primer plano a mi compañera Maricruz Olivier. Conocí así al poeta español, quien me obsequió otras dos paráfrasis suyas: *Macbeth o el asesino del sueño* y *Otelo o el pañuelo encantado*, que dos décadas más tarde, ya como director de escena, presenté con la compañía repertorial Teatristas de Aguascalientes. Una década antes había yo representado al señor Capuleto en *Romeo y Julieta*, dirigido por Lola Bravo para la Carpa No. 2 del INBA, de la cual fui director artístico.

Más o menos he cubierto mi cuota, porque hay de aquel actor, actriz o director que no haya encarado el reto de formar parte de una producción que difunda el variado repertorio del llamado Cisne de Avón. La desorbitada violencia que agobia al México del siglo XXI nos aproxima a las tragedias que estremecen con sus finales violentos, lo mismo por las pugnas familiares que se oponen a la unión de jóvenes amantes, que la ambición por el poder en circunstancias incestuosas, o acaso la desbocada lucha



por satisfacer nuestros peores instintos. Viejo ya, la tragedia que más me conmueve es *El rey Lear*, quien reparte sus bienes, heredando en vida, para luego reconocerse en lo que prescribió Ptah-Hotep, escriba egipcio (2450 a.C.): “¡Qué penoso es el fin de un viejo!/ Se va debilitando cada día; su vista disminuye/ sus oídos se vuelven sordos; su fuerza declina/ su corazón ya no descansa: su boca se vuelve silenciosa y no habla./ Sus facultades intelectuales disminuyen/ y le resulta imposible acordarse hoy de lo que sucedió ayer./ Todos los huesos están doloridos./ Las ocupaciones a las que se abandonaba no hace mucho con placer,/ sólo las realiza con dificultad, y el sentido del gusto desaparece./ La vejez es la peor de las desgracias que puede afligir a un hombre”.

Recuerdo a otros actores mexicanos que, a diferencia de Narciso Busquets, quien lo caracterizó aún joven en una puesta en escena de Seki Sano, interpretaron al noble y perturbado anciano de *El rey Lear*: Claudio Obregón e Ignacio López Tarso. Este último se plantó a mediados del siglo xx como indiscutible primer actor mexicano al representar *Macbeth* acompañado por Isabela Corona en el escenario del Palacio de Bellas Artes, bajo la dirección de Celestino Gorostiza y escenografía de Julio Prieto; sólo para repetir el éxito con *El mercader de Venecia*, nuevamente bajo los auspicios del INBA.

También el cine y la televisión cultural han acercado a su público a este paradigmático autor mediante versiones cinematográficas con definitivo acento teatral y con guiones respetuosos del texto original. En México se han aplaudido obras en los tres espacios actorales de nuestro tiempo, con figuras nacionales y con actores y actrices de otras culturas: Lawrence Oliver, Orson Welles, John Gielgud, Liz Taylor, Richard Burton, James Cagney, Mickey Rooney, Olivia de Havilland, Anthony Hopkins, Derek Jacobi, Kenneth Branagh, Kevin Kline, Michelle Pfeiffer, Richard Harris, Leonardo DiCaprio y Claire Danes, entre otros.

Dado mi especial interés en *El rey Lear*, me propuse realizar una adaptación cinematográfica trasvasada al México de nuestros días, la única realizada en un país de habla hispana, de cara a un país con más de un tercio de su población en edad senecta; hombres y mujeres que trabajaron en su juventud y en su madurez para que México pusiera en marcha proyectos sociales equitativos, democráticos y amorosos, ya que es preciso que el arte y la cultura echen mano de los medios masivos para evitar, o paliar por lo menos, el maltrato a los mayores. ¿No es ésta una preocupación permanente del creador de *El rey Lear*, *Ricardo III*, *Enrique V*, *Medida por medida*, *Troilo y Crésida*, *La tempestad*, *Tito Andrónico*, *Julio César*, y tantas otras obras, ya tragedias, comedias o piezas históricas? Los festivales culturales del país, con el Cervantino en primer plano, han presentado compañías inglesas, españolas, rusas y polacas que también mantienen vivo este repertorio, que también es leído en traducciones diversas y casas editoriales nacionales, para deleite y superación de las nuevas generaciones. 